

En una tarde oscura de terrible tempestad

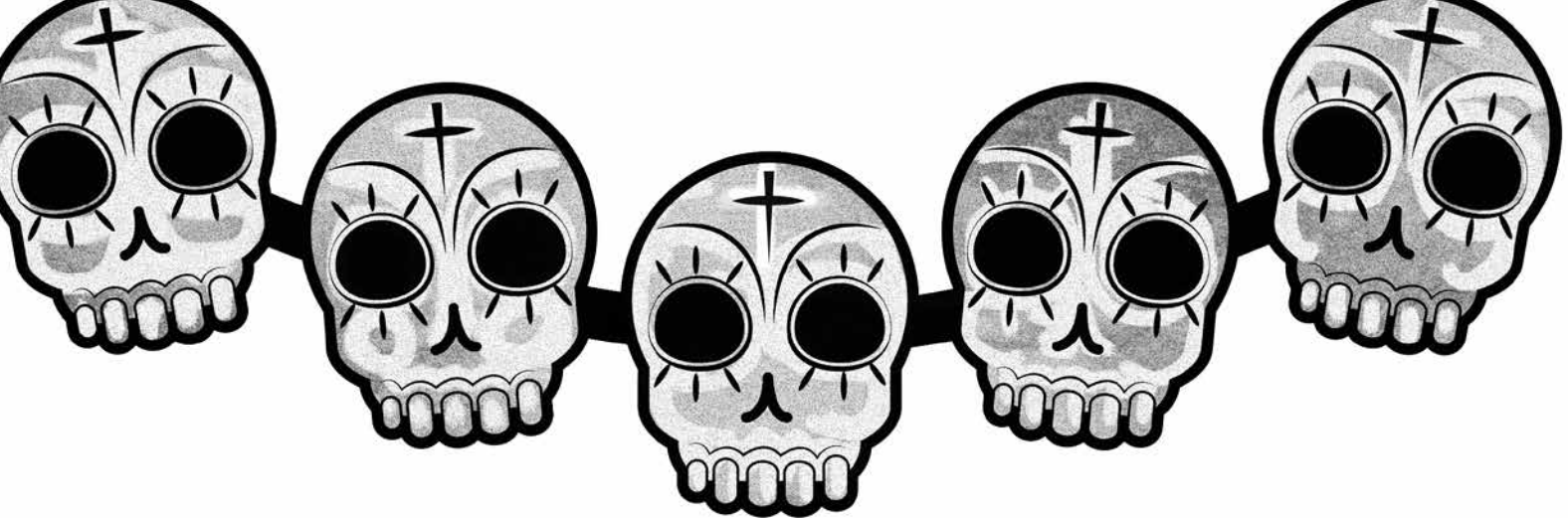
Jesús Vicente García



—PUES MIRA, Helena Beristáin dice que “el pleonasma resulta de la redundancia o insistencia repetitiva del mismo significado en diferentes significantes, total o parcialmente sinónimos, ‘lo vi con mis propios ojos’; es muy usual en el habla. A veces proviene de la ignorancia de la etimología de una palabra, ‘melómano de la música, hemorragia de sangre”. Basilio lee en su cel. En tanto, el olor a incienso invade el aire que respiramos en este mercado de Jamaica, las flores, los disfraces, los gritos de la vendimia, los sonidos de los productos: calacas que ríen con el choque de sus dientes, brujas que se carcajean, ratones de plástico chillando, cadenas que se arrastran, la risa siniestra del final de la canción “Beat it”, en voz de Michael Jackson, que se intercala con “En una noche oscura de terrible tempestad, allá en Zacazonapan empezaron a gritar los monstruos tenebrosos, Frankenstein y Blackaman, comieron quesadillas de vampiro con pipián. Qué monstruos son, qué monstruos son...”, en la voz de Luis “Vivi” Hernández, que a su vez se funde con “Flaco, no me dejes, Flaco, vení, quiéreme un poquitito, no seas así; Flaco, no me dejes, Flaco, vení, si no tengo tus huesos qué será de mí...”, con el argentino nacionalizado español Luis Aguilé. Caminamos frente a puestos de máscaras y artilugios que, al igual que las canciones, se reúnen culturas distintas para hacer una, la del día de muertos mexicano y

la del *Halloween* estadounidense, que unidos es igual a una borrachera, junto a máscaras de hombres lobo, rostros descuartizados, ojos de chamuco (visión gabacha, por supuesto), cerebros de fuera, dentaduras al aire libre, dráculas en franca andropausia, calacas vestidas de músicos, una con acordeón y sombrero, que se parece a Marina de Ita, la de Polkamadre, grupo que Basilio adora y ha ido a ver, porque le gusta la chava del acordeón. Cuestan 50 pesos. “Tenemos de a 30 y de 20 y estas pequeñitas de a 10, joven, usted vea aunque no me compre, para eso estamos”, y le sonrío. Él se lleva la que se parece a la de Polkamadre. Paga con uno de a 100. La vendedora (mujer que ha de frisar los treinta años, pantalón ajustado y playera pegada con las manos de miquimaus en los pechos, hace que Basilio no sepa ni qué mirar, pero mira) le entrega su cambio. “Vea, joven, si está bien”. “Está perfecto”, responde sin contarle. A mí me dice “cliente” y a él “joven” y le sonrío. Basilio sigue con la perorata de los pleonasmos. Hace una pausa para olfatear cual perro. El objetivo lo marca su andar: quesadillas, gorditas, sopes y pambazos. Puesto cercano al mercado de flores. El aroma es exquisito. Lo sigo. Sin titubear, pide una quesadilla de chicharrón prensado. Y continúa con lo que le sucedió en la librería Gandhi: Basilio pone dos libros en el mostrador: “¿Tiene boleto de estacionamiento?”. “No”. “¿Tarjeta de descuento Gandhi?”. “Tampoco”. “Le informo que la tarjeta tiene un costo de 150 pesos y va adquiriendo puntos que lo beneficiarán en las siguientes compras, además...”. “No tengo tarjeta y le agradezco”. “¿Le atendió alguno de nuestros...?”. “Oye —además de pararlo en seco, Basilio lo tutea; yo estoy detrás de él; él lo platica como si hubiese ido solo, no sé si con algún objetivo u olvidó mi presencia, o son estrategias narrativas; sonrío un poco; no es la primera vez que compra libros en esa tienda; el rostro del cajero guarda cierto temor; Basilio le saca al menos una cabeza de estatura y aquel lo ve como pollo al beber agua, de abajo hacia arriba—, no traigo auto, carezco de tarjeta Gandhi, no me atendió nadie, tampoco traje mi acta de nacimiento ni el CURP, no sé si te sirva mi credencial del INE que está nuevita”. Le hago la seña para que calme su neurosis. No se acuerda que por lo bajo me dijo: “Es que este cabrón...”. Él afirma que no fue así. El cajero le sonrío y le dice que es parte de su trabajo. “Pero no exageres, compita”. Son 243 pesos. Le paga con 300. “Recibo 300”, agrega el joven cajero. Aquel sonrío pero al mismo tiempo su cara es de no te esponjes, porque también sé esponjarme. Le da el cambio, antes le pregunta que si le interesa la oferta fulana, por una lana más, para que le den una bolsa con la cara de Frida Kahlo al frente y la de Diego Rivera al otro lado. En su versión, explica que sólo dijo no, gracias, y que para qué tantos vericuetos le da al asunto, que cobre, que aplique la de compro, pago, gracias y adiós. Yo escuché que dijo no mames, no mames, no mames.

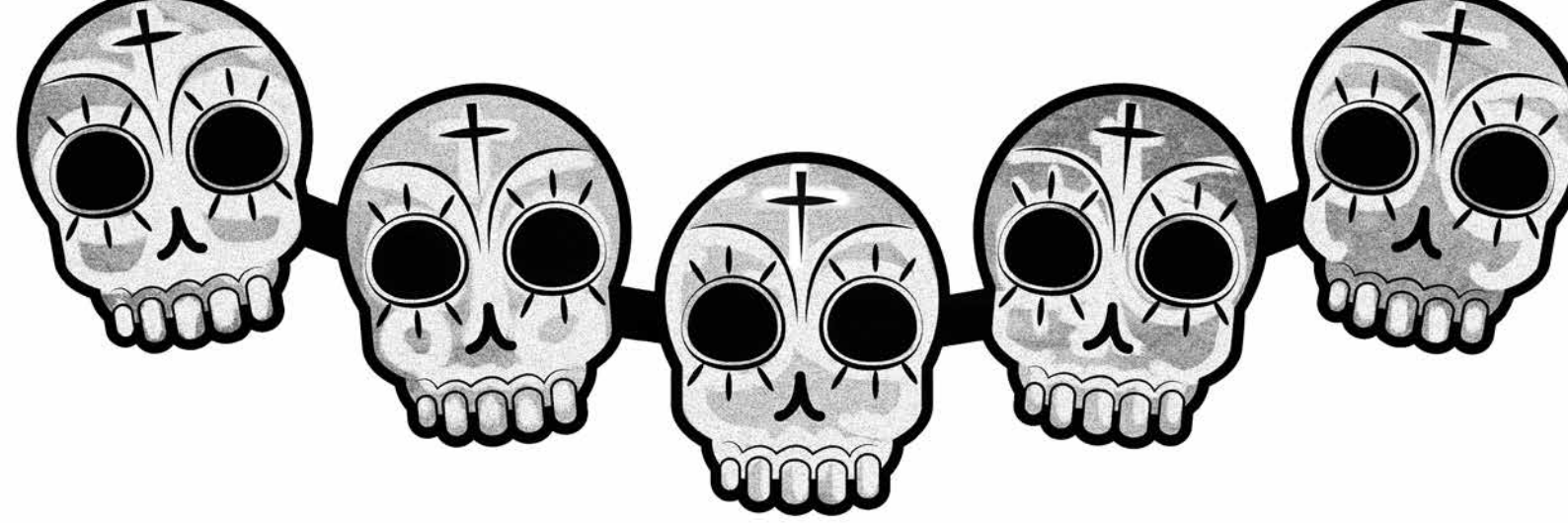
—Es parte de la atención —le respondo hincándole el diente a una gordita también de chicharrón, con una salsa verde que me hace sudar y entrar en calor, lo cual agradezco, últimamente las tardes han estado frías.



Junto a nosotros pasan las señoras con sus hijos de primaria en busca de un disfraz para la escuela, una momia, un Drácula con colmillos incluidos, un monje, un mameluco con huesos, o el vestido de Merlina con todo y su muñeca sin cabeza, mientras que las canciones reverberaban: “Bailaba la Llorona en los brazos de Acuamán, y Drácula volaba al compás del chachachá; Morticia se peinaba con cajeta y aguarrás, mientras que el hombre lobo aullaba sin cesar. Qué monstruos son...”

—Lo que cuestiono es la forma automática de tratar al público, aunque su objetivo sea en favor del cliente, porque de él viven, todo eso lo entiendo, pero están enflacando el lenguaje, desnuden el idioma, lo están matando; los mismos mensajes del cel, los guats, el féis son deformidades del idioma —él, defensor de la tecnología con todo y sus cambios que tan sólo “crea sus propias formas”, me confunde—. Lo mismo sucede en Parque Delta o en cualquier plaza (pero la Narvarte es mi zona), lo que compres, siempre te responden con pleonasmos. Das un billete y te repiten que están recibiendo el billete que tú sabes que estás dando; te dan el cambio y te dicen lo que te están dando y que estás viendo, y no es nuevo, ya lo sé, pero de pronto suena falso, sin ápice de humanidad, como una grabadora que te dice “Su saldo está por agotarse, favor de marcar asterisco cien...”. El punto, mi estimado Flaco, es... oye, escucha, la canción esa de “Flaco no me dejes, Flaco, vení”, está mandada a hacer para ti —todavía le da tiempo de mofarse sin terminar la idea; mi mirada le indica que no succione, mientras estoy a punto de recibir una quesadilla—. Es como si ahorita la señora te dijera de forma automática: “señor Pameló, le entrego su quesadilla de pollo con salsa verde, con todo, gracias por su compra, esperamos haya sido de su agrado, ¿lo podemos atender en algo más?” “Señor Basilio, ¿usted pidió una quesadilla de chicharrón prensado con salsa roja, con todo, una coca y dos papeles estraza? Aquí está su orden, gracias por su compra, esperamos haya sido de su agrado, ¿lo podemos atender en algo más?” “Señora Fulana, le entrego su sope sencillo sin lechuga...” Qué flojera. En cambio aquí, en el “merca” de Jamaica, está padre, te atienden con las mismas formas idiomáticas que uno utiliza a diario, sin automatismos, Flaco, aquí es la realidad a nivel de cancha.

Al terminar nuestra comida quesadillesca, entramos al mercado de flores. Basilio compra un arreglo floral en forma de gato, vamos por los adornos para el departamento, papel picado con la catrina y el catrín posando para la boda, personificados de panaderos o de mariachis, o con algunas huesudas en trajineras de Xochimilco; calabazas de barro con sonrisa, spray que avienta telarañas, prendedores para la ropa: fantasmas, arañas, momias, dráculas, gatos negros, ratones grises y blancos.



Echamos al hombro nuestras bolsas que traemos del súper. Quiere ir atrás del mercado para ver unas calacas de papel maché, porque a Beatriz le gustan, ahí vamos y llegamos a Plaza Jamaica, y nada qué ver con lo globalizado, pero sí con cosas de día de muertos, de la Revolución mexicana y de navidad, además de flores y cosas de vidrio. Lo curioso es que cada que Basilio compra algo, le sonrío al vendedor y le hace un comentario agradable: son hermosas sus flores, señito; oiga, su papel picado es único, qué bárbaro; con ese incienso me tomaré un tequila a su salud, se atrevió decirle a una señora treintona, quien le dio las gracias y hasta le dijo: “Ay, joven, favor que me hace”, con una sonrisa que más parecía una novia que finge titubear para decir sí al nuevo novio que una vendedora del mercado.

Volvemos sobre el Eje 3, donde está el metro Jamaica. Me pregunta qué nos falta. Lo principal, le recuerdo: lo de las ofrendas. Volvemos a entrar al mercado. Él pondrá dos ofrendas, por sus abuelos. Yo, el de mi papá y mi gato, además de los nueve que Malena tiene entre los suyos. Después daremos comida a los invitados. No les había dicho que haremos nuestro día de muertos en el departamento. Es la primera vez que lo hago y es causa de Basilio, quien además quiere leer sus poemas de *La muerte moribunda*, así los tituló; es una sorpresa, afirma cada que le pido uno para leer. Ya invitó a otros poetas, colegas suyos (profesores), supongo que borrachos y tragones. Hasta Vera y Malena se han puesto de acuerdo para la cena de mañana.

Cada vez es más difícil caminar en los pasillos por tanta gente. Basilio sigue de agradable con los marchantes, es como si de niño bien, como yo lo conocí, que apenas y sabía lo que era el metro, un microbús, un tianguis, un barrio, ahora se hubiese fundido, adaptado y asimilado con este ambiente, al que de pronto veía tan lejano a él, y que ahora lo maneja a la perfección. Vemos otra vez a la del pantalón ajustado que le vendió las calacas con acordeón, le sonrío, y ella le dice “¿ya regresó por más?”, y yo: aguas, porque le digo a Bety, yo sí rajo, y como no me cree, le tomo unas fotos, por si las moscas. Observamos que el mismo puesto de música ha reproducido no sé cuántas veces esa de “Qué monstruos son. En una jaula de hule, pendiente de un dragón, se hallaba un pajarillo cantándose un buen son. Ciriaca le bailaba tamaño charlestón y a mí me acongojaba tremendo tortijón”; y se unía con lo del flaco: “La Flaca siempre lo seguía a todas partes, no lo dejaba ni siquiera respirar y no había forma de que el Flaco consiguiera que aquella Flaca se quisiera despegar. Flaco, no me dejes, Flaco, vení, quíereme un poquitito, no seas así; Flaco, no me dejes, Flaco, vení, si no tengo tus huesos qué será de mí”.

La tarde se enfría, ya anuncia la noche tenebrosa, y los muertos nos dicen que aunque la muerte es pareja, no está globalizada, ni en la forma de hablar, como dice Basilio, porque aquí nadie habla así, con pleonasmos al servicio de la seguridad en el manejo del dinero, para no equivocarse, y maldito el momento en que se lo recuerdo, porque ha vuelto sobre la crítica a la enunciación del dinero en las plazas comerciales, las figuras retóricas mal usadas, la repetición auditiva y lingüística; se enciende como si se lo estuviera llevando la parca. “Que me lleve mejor la de Polka-madre”, grita a los cuatros puestos, y me enseña la calaca que compró. Volvemos a salir y andar esos pasillos que huelen a incienso, a flores, a disfraces, a muerte y a vida; así que mientras esperamos el metro (no quiso que abordáramos un taxi ni quiso traer su auto) improvisó una calaverita dedicada al tenebroso pleonasma y la cantó en el vagón al ritmo del “Vivi” Hernández:

En un panteón de muertos
la Parca se llevó
a cientos de cajeros
de plaza comercial.

Que mueran los paleros
del idioma ya global,
que mueran los muerteros
con su lengua fantasmal.

Qué monstruos son, qué monstruos son. **AAA**



Ilustraciones de Beatrix G. de Velasco